

dice respecto á los Bárbaros prueba que había entre los antiguos un irremediable espíritu de división. La verdadera unidad, la única conciliable con la existencia de las nacionalidades, la unidad intelectual y moral, no era capaz la política de realizarla: esta misión estaba reservada al cristianismo y á los Bárbaros, que los antiguos, en su orgullo aristocrático, contundían con los brutos.

§ III.—El cristianismo y los Bárbaros.

N.º 1.—La unidad católica.

I.
¡Ya no hay Bárbaros! Tal es la primer palabra del apóstol de los Gentiles. Juliano acaba de decirnos que la diversidad de las naciones proviene de las divinidades nacionales. Tan profundamente arraigada en los sentimientos de los antiguos estaba la idea de los dioses nacionales, que tuvo sus partidarios entre los Judíos. El cristianismo rechazó toda particularidad nacional en el dominio de la religión. “¿Dios es únicamente el Dios de los Judíos? exclama San Pablo; ¿no lo es también de los Gentiles? Sí, puesto que solamente hay un Dios. No hay distinción entre el Judío y el Griego, porque ambos tienen el mismo Señor y son uno en Jesucristo.” Hé aquí el gran progreso realizado por Jesucristo: la unidad religiosa. ¿Qué será el mundo político bajo el imperio de una fe igual para todos? Cristo abandonó el mundo á César, y sus apóstoles, siguiendo su ejemplo, no se cuidaron más que del reino de Dios, de una unidad puramente espiritual. Mas el principio de la unidad espiritual ¿no impulsa á la unidad temporal? En la Edad Media, y bajo la influencia del catolicismo, se proclamó como doctrina religiosa y política: un Dios, un papa y un emperador. La idea de nacionalidad, que existía en germen entre los antiguos, desaparece por completo. La Iglesia, cosmopolita por esencia, es poco favorable á las naciones. El espiritualismo evangélico contribuyó á romper los lazos de la patria, enseñando á los hombres que no tienen otra patria que el cielo y que el fin de su existencia en esta tierra es prepararse para ser miembros de la ciudad de Dios. La Iglesia representa esta ciudad sobre la tierra, y por tanto, el lazo que liga á los fieles con la Iglesia domina al que les liga con su

patria. Cuando el creyente lo es todo, no tiene razón de ser el ciudadano.

Así se formó la idea de la unidad católica, siendo considerada como la perfección, y la diversidad como el principio de la imperfección. “Cuanta más unidad tiene una cosa, dice Santo Tomás, tanto mayores son su valor y su dignidad.” La unidad no podía limitarse á lo puramente espiritual. Se concibe que los primeros cristianos, que aguardaban de un día á otro la consumación final, no se preocuparan de una unidad exterior; pero cuando la Iglesia dió un cuerpo á la unidad de las almas, natural era que surgiese también la idea de una unidad temporal. Creíase que la Iglesia estaba establecida por Dios para conducir á la humanidad á su fin, es decir, á su salvación eterna. ¿Cómo llenará esta misión? ¿Quién vencerá la oposición y resistencia que encuentra? Los reyes empuñan la espada que Dios les ha dado para defensa de la Iglesia. Pero si no hay más que un órgano de la potestad espiritual, tampoco debe haber más que otro de la potestad temporal. De aquí la doctrina de la unidad por el papa y el emperador: el papa presidiendo al destino de los hombres y el emperador prestándole su apoyo.

La cristiandad tiene, por tanto, dos jefes; la antigüedad solamente conoció uno, el emperador. A su lado, ó, mejor dicho, por encima de él, la Iglesia pone al papa. No porque éste pretenda absorber la potestad civil, puesto que reconoce al emperador como jefe temporal de la cristiandad, sino porque dispone del derecho de mandar, desde que se trata del interés de la Iglesia. El papa es el alma, el emperador el cuerpo, y éste naturalmente debe estar subordinado á aquélla. En la Edad Media se comparaban ambas potestades á dos astros: el papa al sol y el emperador á la luna. Los emperadores aceptaban este símbolo, por más que implique una inmensa superioridad respecto á los jefes del poder espiritual. En la concepción ideal de la unidad católica hay armonía entre el papa y el emperador, como entre el alma y el cuerpo. Pero si sobreviene un desacuerdo, ¿quién lo resolverá? El papa. En definitiva, el imperio no pasa del brazo armado de la Iglesia. Nada más lógico, bajo el punto de vista del catolicismo: los papas, vicarios de Dios, tienen imperio sobre las almas, y por lo tanto, también sobre los cuerpos.

En la antigüedad era la unidad un simple he-

cho; la monarquía universal, producto de la fuerza y de la conquista. En la Edad Media, la unidad se eleva á dogma. Todos los partidos la aceptan; las nacionalidades no tienen defensor. El poeta más grande de la era católica nos dirá cuál era el ideal concebido bajo la inspiración del cristianismo tradicional. Dante está dominado por el pensamiento de la unidad, hasta el punto de que, desconociendo los designios del Creador, declara que la diversidad es el mal absoluto, al paso que la unidad es el bien por excelencia. El ideal de la humanidad, como se ve, era la monarquía universal. Donde quiera que haya Estados independientes debe necesariamente haber división, lucha y guerra. El único medio de asegurar la paz consiste en reunir á todos los pueblos bajo la ley de un solo monarca, realizando así la edad de oro soñada por los poetas; la justicia entonces volverá á la tierra de donde la ahuyentará la violencia. La monarquía universal es más que una institución política, puesto que tiene su fundamento en la esencia de Dios y de su obra, la naturaleza: Dios es la unidad por excelencia; la humanidad debe corresponder á su principio; luego debe estar regida por un solo jefe. Dios ha impuesto esta ley al hombre, creándolo á su imagen; por tanto, el género humano, sólo obedeciéndole, encontrará la armonía y la ventura.

Un papa, Eneas Sylvius, profesa las mismas ideas, y va á decirnos lo que significan los derechos de las naciones y de los individuos en el ideal de la unidad católica. Como el Dante, cree que la monarquía universal es el único medio de asegurar la paz, y cree además que tal es el destino que Dios ha asegurado al género humano. La historia es la revelación de los designios de Dios, y desde la más remota antigüedad se ve que la monarquía tiende á ser cada vez más universal. Para realizarla creó la Providencia al pueblo rey. ¿Cómo conciliar esta unidad con la existencia de las naciones que comenzaban á formarse en los tiempos en que escribía Eneas Sylvius? Esto niega el derecho de las naciones, y se ve en ellas una especie de usurpación sobre la voluntad de Dios. El emperador, reflejo de Dios, no admite igual. No por esto el escritor católico se declara contra los reyes, no; los admite, pero privándoles de la independencia y de la soberanía; deben obediencia al emperador, como los vasallos á su príncipe. Este deber de

obediencia es absoluto: ni á los individuos ni á los príncipes les queda una sombra siquiera de libertad. El emperador dispone, sin limitación alguna, de sus bienes; hace la ley y está sobre ella; de sus sentencias, como de las de Dios, no cabe apelación, por cuanto el monarca universal es el representante de Dios en las cosas temporales.

El ideal católico era, bajo cierto aspecto, la expresión de la realidad. Había unidad en la fe, reprimiendo los papas toda disidencia, á hierro y fuego en caso necesario. Había unidad en la lengua, al menos para la religión y la ciencia, pues la Iglesia impuso el latín á los pueblos bárbaros como lengua sagrada. Despreciar las lenguas nacionales era repudiar las nacionalidades, impedirles nacer y desarrollarse. En realidad, mientras dominó el catolicismo no existieron naciones, ni hubieran existido nunca, de seguir manteniendo su dominación. Las naciones, bajo el punto de vista católico, son una desviación del ideal divino y casi una rebelión contra Dios. Los doctores más ilustres de la Edad Media enseñan que, si Adán no hubiera pecado, los hombres hubieran formado una sola familia, de la que hubiera sido el jefe, y, por consecuencia, el amo. Luego la unidad, bajo la forma de una monarquía, es la voluntad de Dios. ¿Cómo se ha introducido la diversidad nacional? Por consecuencia del pecado. La unidad de lengua es uno de los caracteres de la existencia perfecta del paraíso; la diversidad de lenguas, consecuencia de la caída. Tal es la narración de la Biblia. Al rebelarse contra Dios el orgullo de los hombres, levantando la torre de Babel, Dios confundió sus lenguas. De aquí data la separación de los pueblos. “La palabra, dice Bossuet, es el lazo de la sociedad entre los hombres, por la comunicación de sus pensamientos. Desde que no se entienden unos á otros, ya se miran como extraños.” “Si no entiendo la fuerza de una palabra, dice San Pablo, aparezco como extraño y bárbaro á los ojos de aquel con quien hablo, como él lo aparece igualmente á los míos.” Añadirémos que, bajo el punto de vista de la revelación cristiana, la división del género humano en naciones representa un castigo impuesto á los hombres por su orgullo.

Hé aquí el por qué de que los ultramontanos sean los enemigos natos de toda nacionalidad: en su orden de ideas no caben las naciones. Después de la revolución del 48 hubo un movimiento na-

cional que amenazó la existencia del imperio austriaco. Reunióse en Viena un concilio que tomó la defensa de los opresores contra los oprimidos, en nombre de la revelación, y decían los obispos: "La diversidad de las lenguas, consecuencia del pecado, se debe á una rebelión contra Dios, á la depravación de la especie humana," (1). Los jesuitas profesan la misma doctrina; pero no dejan los reverendos padres de verse embarazados para no chocar de frente contra los sentimientos dominantes, lo que no entra en su línea de conducta. Así han imaginado la teoría del poder indirecto del papa sobre las cosas temporales, negándole el poder directo, y dando de esta suerte satisfacción, en palabras, á la soberanía de las naciones, si bien subordinándolas á la potestad del papa. En nuestros días representan la misma comedia: ¿cómo negar las nacionalidades, cuando por todas partes salen de su tumba? Mas si hay naciones independientes, ¿qué es de la unidad católica? Fuerza es dejarles el nombre, pero despojándolas de lo que constituye la esencia de su vida. Los jesuitas van á probar á las naciones que pueden ser libres al mismo tiempo que se mantienen dependientes de la Iglesia.

Hoy creemos que la independencia es el carácter esencial de las naciones; así como la libertad es el carácter esencial del individuo. Desde el momento que el hombre es esclavo ó siervo, desde el punto que depende de un superior, deja de ser persona. ¿Sucederá otro tanto respecto á las naciones? No, dice el jesuita Taparelli: la independencia que los filósofos reclaman para las naciones es una independencia salvaje y su individualidad una barbarie, porque emana del egoísmo. La esencia de la sociedad consiste en la subordinación, y es de rigor que las naciones estén subordinadas al todo. ¿Cuál es este todo? Naturalmente la Iglesia, la sociedad divina y universal. ¿Qué relación mediará entre las naciones y la Iglesia? "La nacionalidad es al catolicismo lo que el medio al fin; un católico no puede encontrar este fin fuera de la Iglesia, puesto que está persuadido de que fuera de ella no hay salvación. Luego habrá que reconocer y confesar, tanto en teoría como en práctica, que, para el católico, la unión con la Iglesia tiene mayor importancia que la unidad nacional." Son

(1) *Diario histórico y literario*, t. xvi, p. 210.

estas verdades evidentes, y no hay que admirarse de tales dependencia y subordinación, pues en rigor quiere decir que las naciones deben estar subordinadas á la justicia: ¿no es la Iglesia el imperio del derecho? Sí, y esta es otra verdad evidente. "Dueña suprema de la verdad y protectora natural del derecho, sobre éste se apoya por completo y le garantiza contra las invasiones de la fuerza." Nuestro doctor ultramontano da de ello una prueba igualmente evidente, porque su doctrina está fundada sobre los hechos: el catolicismo es quien garantiza á las sociedades de la esclavitud de las conciencias. Desgraciadamente el orgullo de un monje frenético ha turbado tan imponente armonía. Lutero ha reanimado en los corazones el egoísmo individual, de donde procede, como consecuencia lógica, el egoísmo nacional. De aquí las guerras crueles y la ambición de conquistas que turban á la cristiandad, así como la pérdida diplomática. Maquiavelo es discípulo de Lutero, y antes de él se ignoraba lo que eran la guerra y la conquista.

¿Á qué tiende esta teoría de las nacionalidades? Á justificar la servidumbre de la Italia. Nuestro reverendo padre dice que la Iglesia ha procurado la libertad á los esclavos, predicándoles la obediencia, lo que equivale á decir que ha abolido la esclavitud predicando la servidumbre. De la misma manera ha fundado la libertad internacional, predicando á los príncipes y á los pueblos el respeto de los derechos. ¿Quién ignora que los papas han sido los defensores infatigables de la nacionalidad y de la independencia italianas? Los jesuitas, sus fieles órganos, sostienen la misma causa en pleno siglo XIX: predicán á los Italianos la dependencia, y por este camino les procuran la libertad (1). No se trata únicamente de reconocer que la Italia es dependiente de la Iglesia, por cuanto esta felicidad le es común con todas las naciones. Los jesuitas quieren además que la Italia respete los lazos de dependencia que la sujetan al Austria, porque esta dependencia está consagrada por tratados y se funda, por tanto, en un derecho. En vano se invoca á la naturaleza para justificar la insurrección de los Italianos contra las convenciones establecidas sin ellos y contra ellos; el derecho

(1) Felizmente los Italianos, siguiendo otros caminos más eficaces, la han conseguido completar, fundando una poderosa nacionalidad.

es superior á la naturaleza (1). ¡Véase cómo el catolicismo asegura y garantiza las nacionalidades! Volvamos á la unidad católica. Estriba ésta en la monarquía universal, la peor de las monarquías, porque aniquila toda vida individual. El individuo está encadenado desde su nacimiento hasta su muerte por un dogma inmutable, del que no puede apartarse sin incurrir en la condenación eterna. Otro tanto acontece respecto á las naciones que no tienen existencia propia, procediendo de la Iglesia, á la que están subordinadas, como el medio lo está al fin. La dominación de la Iglesia se extiende á la humanidad entera, porque su poder viene de Dios, y le ha sido comunicado sobre todos los pueblos. Una doctrina que destruye la individualidad del hombre y de las naciones está viciada en su esencia, es una falsa unidad. Realmente, Roma católica no es más que la continuación de Roma pagana. Preténdese que respeta y garantiza el derecho, pero la verdad es que lo aniquila. En cuanto á Roma pagana, esto es evidente. No lo es menos en cuanto á Roma católica. ¿Á qué precio establece la unidad? Imponiendo su fe á los pueblos, extirpando los disonancias por el hierro y por el fuego. Hé aquí cómo asegura la libertad de las conciencias en el seno de la cristiandad. En cuanto á los infieles, están fuera del derecho, lo mismo que los Bárbaros en la antigüedad. Los papas los entregan á los príncipes ortodoxos para que los conquisten y convertirlos en seguida á la fe romana. Así se ha hecho en la Edad Media, y así se ha hecho todavía en los principios de la era moderna. Véase cómo funda la Iglesia el derecho entre las naciones.

Tales son los vicios de la unidad católica. Sin embargo, aunque falsa, como toda monarquía universal, esa unidad supone un progreso sobre la monarquía, tal cual la concebían los antiguos, tal cual Roma pagana la realizó. La unidad antigua, puramente material, pretendía dominar sobre las inteligencias lo mismo que sobre los cuerpos. El

(1) *Ensayo teórico de derecho natural, basado sobre los hechos*, por el R. P. TAPARELLI D'AZEGLIO, traducido del italiano, t. IV, página 376 y sigs. 383 y siguientes.

emperador era al mismo tiempo pontífice y reinaba sobre las conciencias; el hombre carecía en absoluto de derechos. El cristianismo rompió esta unidad, quitando al César el imperio de las almas y proclamando que sólo dependían de Dios. Verdad es que la Iglesia reivindicó para sí la obediencia que los hombres sólo deben á la divinidad; pero lo hizo como órgano de Dios; obedeciendo á la Iglesia, no era á los hombres á quien se obedecía, sino al mismo Dios. Equivalía esto á decir que hay en la naturaleza humana un elemento ajeno á toda dominación temporal, á reconocer la individualidad nacional.

La unidad católica, fundada sobre una potestad espiritual, debía proponerse asimismo un fin espiritual. Todavía esto supone un progreso sobre la antigüedad. Conquistar y dominar, tal era la ambición de Roma, tal su misión, dice Virgilio. No pasa esto de un egoísmo brutal. La unidad católica es espiritual, y tiende á un fin espiritual, la salvación. En la Edad Media, la Iglesia mantenía realmente un poder espiritual. La sociedad era presa de la barbarie; la Iglesia tenía una inteligencia y una moralidad superiores; estaba llamada á educar á las razas bárbaras. ¡Ruda tarea! La dominación que tanto se le ha reprochado fué una lucha permanente contra la fuerza; á esta lucha del espíritu contra la materia debemos nuestra cultura moral é intelectual. Por la primera vez, una monarquía universal se propone el noble fin de educar á los hombres. Este fin lo alcanza la Iglesia dentro de los límites y con los errores inherentes á la imperfección humana. Pero la misión, por su misma naturaleza, era temporal. Un poder espiritual es educador, y supone la minoridad del que es educado, cesando cuando la educación termina. La Iglesia quiso perpetuar su poder, apoyándose sobre un pretendido derecho divino. Aquí está el error y aquí comienza el abuso. Hoy los pueblos, educados y moralizados, pueden por sí propios dirigir sus destinos. Con todo, deben aprovechar una enseñanza de la educación católica que ha servido para emanciparles. La Iglesia ha dominado á los cuerpos en nombre del espíritu. Este imperio es legítimo, bajo el concepto que el desarrollo intelectual y moral constituye el fin supremo de la humanidad; el desarrollo material no pasa de un medio, de un instrumento. ¡Desgraciadas las naciones que tomen el medio por el fin! Su suerte será

la de los pueblos antiguos, que perecieron en medio de la podredumbre del egoísmo.

N.º 2.—La diversidad germánica.

I.

La diferencia entre los Germanos y los antiguos es radical. No conciben la unidad ni saben lo que es el Estado; apenas si conocen los lazos de la familia que permiten romper. La individualidad más absoluta forma el principio de su existencia. Viven libres en los bosques, y no aceptan otra dependencia que la que han consentido voluntariamente. En cuanto á la sociedad, no tiene ningún derecho; realmente puede decirse que no existe, porque no hay sociedad sino cuando está organizada y cuando el Estado sustenta un poder sobre sus miembros. En la antigüedad, el Estado lo era todo, absorbiendo al hombre y al ciudadano. Entre los Germanos, el individuo lo es todo, el Estado nada.

La unidad era completamente ajena á los Bárbaros. Los Romanos, nacidos para conquistar y dominar, tenían facultades á propósito para constituir un pueblo-rey. Tenían el espíritu jurídico en el más alto grado; ningún pueblo les ha igualado en la ciencia del derecho. El derecho es para ellos un instrumento de dominación, sirviéndoles para docilizar á las naciones vencidas y transformarlas en Romanos. Este espíritu jurídico falta á los Germanos, quienes dejaban á los vencidos sus costumbres y sus leyes, lo mismo á las tribus germánicas que á los habitantes de las Galias. De aquí el carácter singular que despues de la invasión de los Bárbaros toma el derecho, llamándole la personalidad del derecho. En un solo y mismo imperio varia, segun la raza, segun la tribu; poco falta para que cada individuo tenga el suyo. Háse buscado la razón de este hecho único. Precisamente porque es único, hay que decir, con Montesquieu, que el espíritu de las leyes personales existía entre los Germanos antes de salir de sus bosques y que le llevaron consigo en sus conquistas.

El espíritu de los Germanos se funda, por tanto, en la diversidad, en la individualidad. De aquí procede el principio de las nacionalidades, porque la nacionalidad no es otra cosa que el reconocimiento del derecho que tienen las naciones á una exis-

tencia individual, con el mismo título que los hombres. Esta fuerza individual fué la que rompió la unidad romana, destruyendo los Bárbaros con su auxilio el gran obstáculo que impedía á las nacionalidades desenvolverse. No bastaba esto. Si no hay naciones en el mundo antiguo, consiste en que las absorbieron las monarquías universales. Antes que Roma conquistara la Grecia, nada se oponía á que los Griegos se constituyeran en nación, y sin embargo, vivían divididos y hostiles. Lo que faltaba á los antiguos era la conciencia de la personalidad humana; de aquí la esclavitud, la ausencia de las naciones, las tentativas de monarquía universal; no reconociendo al hombre derechos como tal, ¿cómo habrían de reconocérselos á las naciones? Por el contrario, los Bárbaros, exaltando hasta la exageración los derechos del individuo, debían acabar por respetar también los derechos de las naciones.

Las nacionalidades existían, pues, dentro de la lógica de los principios; pero se necesitaba un trabajo secular para constituir las. Las nacionalidades europeas, en los designios de Dios, debían formarse con la mezcla de las poblaciones primitivas que los Romanos encontraron en el mundo occidental y de las poblaciones de origen germánico. Tales son los elementos que constituyen todavía hoy las grandes naciones, Inglaterra, Francia, España, Italia, Alemania. Para que vencidos y vencedores formasen una nación, requeriase ante todo la fusión de las razas; pero los Bárbaros despreciaban á los Romanos y se apartaban de ellos por el derecho y por las costumbres. Era indispensable una larga coexistencia para que las antipatías cediesen á los intereses de una vida común; y esto explica, bajo el punto de vista providencial, por qué los Bárbaros trataron de reconstituir la unidad romana. Esta unidad fué muy incompleta, por cuanto los Bárbaros eran absolutamente incapaces de restablecer la unidad que los Césares romanos habían sido impotentes para mantener, pero suficiente para los designios de Dios. Cuando se disolvió la unidad carolingia se completó la fusión de las razas y cesaron las leyes personales; el derecho se mantuvo variable, pero no ya segun las razas, sino con relación á los territorios. Este fué el primer paso hácia la constitución de los Estados modernos y de las nacionalidades.

Encuéntraselas ya en germen en el imperio de Carlo-Magno. La Inglaterra era un Estado aparte,

mezclándose en él el elemento germánico con el céltico; de la fusión nació una nación fuerte y progresiva, á la que está reservado un papel glorioso en el desarrollo de la civilización. La Francia, la Alemania y la Italia formaban el nuevo imperio de Occidente; pero la unión no pasaba de temporal, manteniéndose la separación en las costumbres, en los deseos y en las pasiones de las poblaciones. La Italia, separada por los Alpes de la Europa, estaba destinada por la naturaleza misma á una existencia aparte. Los Galos formaban el núcleo del imperio carolingio; la Germania no pasaba de una conquista. Así la unión de ambos países era producto de la fuerza y no de la naturaleza. La naturaleza depositó sobre los dos bordes del Rhin gérmenes de naciones diversas que se desarrollaron bajo el régimen de la conquista con más fuerza que la aparente unidad que los encadenaba. Hácia la mitad del siglo IX, el tratado de Verdun consagró la separación que se había ya realizado en las costumbres. Las lenguas, expresión de la diversidad de las naciones, dividían á la Alemania de la Francia. Cuando los reyes y los ejércitos se reunieron para poner término á las largas guerras que habían desgarrado el imperio bajo el hijo de Luis el Benigno, los discursos y los juramentos se hicieron en lengua romana por los Galo-Francos y en lengua alemana por los pueblos germanos. El siglo IX vió los primeros ensayos de una literatura nacional en Francia y en Alemania. Estos primeros acentos de las lenguas modernas son como el despertar del genio nacional de los pueblos de Europa. Algunos siglos se han necesitado todavía para que las naciones extendieran sus raíces y lograran plena vida.

¿Por qué no se constituyeron definitivamente las naciones despues de la disolución del imperio de Carlo-Magno? El fraccionamiento no se limitó á los grandes reinos que acabamos de señalar; estos mismos reinos se fraccionaron en ducados, condados y baronías; á fines del siglo XVIII no había menos de cincuenta y cinco feudos en Francia, que todavía se subdividieron en vasallajes. ¿Por qué fué necesario el fraccionamiento del régimen feudal antes de llegar á la formación de las naciones? Lo que distingue profundamente á las naciones modernas de las repúblicas de Grecia y Roma es la unidad de las clases sociales; la nación es una, porque todos los elementos que la componen son

uno, todos los hombres gozan de los mismos derechos por ser hombres. ¿De dónde data esta igualdad, sin la cual la unidad nacional no pasa de una ficción? Del régimen feudal. Á la disolución del imperio de Carlo-Magno se conservaban aún los restos de la antigua esclavitud; al fin del régimen feudal ya no hay siervos: todo hombre es libre é igual á su semejante. Entónces solamente se hace posible la unidad nacional. Las naciones son grandes individualidades, y es más difícil admitir su personalidad que la de los individuos. Es absolutamente imposible que haya naciones en tanto que la personalidad humana no esté reconocida en todos sus derechos. Hé aquí por qué la era de las naciones data del 89.

II.

Hay un hecho muy notable que atestigua el poder del espíritu nacional bajo el régimen bárbaro, y es su manifestación en el seno mismo de la Iglesia católica. Hasta en el siglo X, el episcopado luchó en los diversos países de Europa contra la supremacía de Roma. El espíritu nacional rehusó plegarse bajo la dominación del soberano pontífice. Así aconteció en Inglaterra aún antes de la invasión de los Anglo-Sajones. Hay en la raza británica un afán de libertad incompatible con la dependencia. La Iglesia bretona se separó de la romana por ciertas observancias religiosas, levantando una especie de barrera contra las invasiones de Roma. Cuando los Anglo-Sajones, convertidos por misioneros romanos, quisieron reunir á los Bretones á su Iglesia, los vencidos resistieron: "Jamás, dice un sacerdote breton, aceptarémos los pretendidos derechos de la ambición romana ni de la tiranía sajona; no debemos obediencia más que á Dios., Roma empleó las armas y la influencia de los conquistadores germanos para quebrantar la resistencia de los Bretones y arrastrarlos á la unidad. Al principio lo consiguió, pero el espíritu individual de la raza inglesa se sobrepuso al respeto y al sacrificio que la Iglesia de Inglaterra debía á su jefe, que era al mismo tiempo su padre. Lo que prueba el poder del elemento nacional es que la lengua germánica disputó el imperio á la romana en el culto. Necesitóse una nueva invasión, una nueva conquista, bajo los auspicios del papado, para man-